



JÜRGEN
OSTERHAMMEL

EL VUELO DEL ÁGUILA

El mundo actual
en una perspectiva histórica

CRÍTICA

JÜRGEN OSTERHAMMEL

EL VUELO
DEL ÁGUILA

EL MUNDO ACTUAL EN
UNA PERSPECTIVA HISTÓRICA

Traducción castellana de
Gonzalo García



CRÍTICA
BARCELONA



The translation of this work was supported by a grant from the Goethe-Institut

Primera edición: noviembre de 2018

El vuelo del águila. El mundo actual en una perspectiva histórica
Jürgen Osterhammel

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Die Flughöhe der Adler. Historische Essays zur globalen Gegenwart*

© Verlag C.H. Beck oHG, München 2017

© de la traducción, Gonzalo García, 2018

© Editorial Planeta S. A., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-042-0
Depósito legal: B. 23876 - 2018
2018. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro es 100% libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

CAPÍTULO 1

GLOBALIZACIONES

Se habla a menudo de «la globalización» presuponiendo, tácitamente, que no hay duda al respecto de qué se quiere decir. La suposición, sin embargo, no es realista. En este artículo no se van a ofrecer nuevas definiciones; tan solo se plantea la propuesta —nada revolucionaria— de emplear la palabra «globalización», de vez en cuando, en plural. La idea no es del todo nueva, como demuestra el hecho de que desde 2004 se publica una revista con el título de *Globalizations*. Poco antes, diversos autores habían empezado a usar el plural en sus libros; en alemán, desde el cambio de siglo, también ha aparecido en cierto número de títulos, pero sin llegar a imponerse en general.¹ Lo que a primera vista puede parecer un capricho estilístico de la retórica posmoderna, supone, en cambio, una gran diferencia. La simple marca de plural de las globalizaciones transforma un proceso mundial único, que abarca el conjunto de la humanidad, en una diversidad de procesos parciales similares, pero distintos entre sí, que cabe diferenciar de acuerdo con el lugar y el tiempo, la intensidad y el alcance. En vez de una categoría histórica metafísica, nos encontramos con una categoría empírica. En paralelo a las «modernidades múltiples» surge ahora una «multiplicidad de globalizaciones», en potencia más numerosas aún que las «modernidades», pues de estas, además de la variante clásica de la Europa occidental, tan solo existe un número reducido de modelos básicos adicionales.²

El plural también desactiva el componente político del concepto: ya no es preciso declararse a favor o en contra de «la globalización». Sin embargo, no neutraliza la posibilidad de expresar juicios de valores. Así, cabe la posibilidad de oponerse a la globalización del tráfico de drogas pero celebrar al mismo tiempo la de los derechos de los homosexuales. El plural nos quita de encima el peso de la totalidad. Pues aunque en

nuestros días es habitual que la sociología se refiera a una globalización plural, de varias capas o escalas, con ello tan solo trata de precisar un tanto el singular, que sigue siendo dominante. El plural nos simplifica la vida en particular a nosotros, los historiadores, que seguimos siendo profesionales tanto de la entrega a los detalles como del escepticismo frente a las generalizaciones, cuando no rehuimos sin más las grandes preguntas. La megaglobalización en singular —y singular de por sí— sigue perviviendo como idea de fondo, pues ¿quién querría excluir que, vistos por algún observador especialmente sintético, los distintos procesos parciales acaben formando la imagen completa de un solo rompecabezas? Aun así, el plural de «globalizaciones» reduce la presión holística a la que el debate sobre el presente se ha sometido sin necesidad.

Para que este artículo no derive en un sermón o un alegato, me extenderé un poco más.³ Quien se ocupa de más de un continente; quien siendo europeo también quiere hacer justicia a puntos de vista y experiencias distintas a las europeas (es decir, se esfuerza por moderar un eurocentrismo cognitivo que no cabe anular por completo); quien considera que las relaciones entre todo lo propio y lo ajeno son sumamente variables; quien se toma en serio los actuales problemas de supervivencia de la humanidad como un horizonte que es también de problematización histórica; en pocas palabras, quien ha desarrollado una identidad profesional (y posiblemente también una posición moral) como «historiador global» e intenta estabilizarla con sentido crítico,⁴ no puede evitar la cuestión de qué relación existe entre la historia global y la «globalización». Esta cuestión no se reduce al método y, con ello, a la elección entre alternativas claramente descriptibles de procedimientos científicos. Es más complicada y, por eso, quizá más interesante; y, a mi entender, no poco fundamental.

El auge de la historia mundial y su rápida transformación en historia global, hacia finales del siglo xx, estuvieron muy asociados con un nuevo marco conceptual de las ciencias sociales: el de la globalización. Historiadores y científicos sociales reaccionaron ante la misma vivencia generacional: la impresión —compartida por cientos de millones de personas en todas las regiones del planeta— de que la vida social del planeta estaba cada vez más entretejida, y que el propio «mundo de la vida» (*Lebenswelt*) recibía una influencia de fuerzas distantes no ya mayor, sino de una intensidad desconocida. En la década de 1990 el mundo parecía ser un lugar «más pequeño» que un cuarto de siglo atrás: la proverbial «aldea global», en la que por principio todos pueden comunicarse con todos los

demás; o también una *megaciudad* repartida por todos los continentes, en la que los urbanos cosmopolitas pueden hallarse cómodos en cualquier punto, con una aclimatación mínima (el «efecto Hilton»).

A partir de esta constatación, en las distintas disciplinas académicas se llegó a conclusiones particulares de cada campo. En este contexto, el pasado no necesariamente se consideraba de interés. Los primeros teóricos de la globalización en la sociología, las ciencias políticas y la economía, que escribieron obras de gran relevancia en la década de 1990, desdeñaban la perspectiva histórica. El nuevo concepto parecía idóneo para poner sobre la mesa rasgos característicos de la sociedad contemporánea, antes que nada la experiencia de una dinámica supresión de las fronteras. Pronto surgió la idea de que la «globalización» era en realidad el nombre de una nueva época. A la «Modernidad» le seguía por fin algo nuevo, algo que no era ni una mera intensificación ni una simple etapa de madurez tardía y crítica (la «Posmodernidad»); ahora la humanidad vivía «en la Globalización».

Aunque en su mayoría los historiadores parecían haberse desacostumbrado a mantener una relación directa con las ciencias sociales, de orientación presentista, también hubo salvedades. En las décadas de 1970 y 1980 ya se había producido un primer encuentro entre la historia universal y una sociología abierta a lo histórico, bajo los auspicios de una «teoría de los sistemas-mundo» cuyo creador, el estadounidense Immanuel Wallerstein —especialista en África y teórico del desarrollo—, figuraba entre los científicos sociales más famosos de la época. Gracias al diálogo con el gran historiador francés Fernand Braudel, Wallerstein recibió la consagración historiográfica.⁵ Pese a todo, como la teoría de Wallerstein era muy esquemática y estaba asociada a una terminología particular, solo unos pocos historiadores la adoptaron en la forma ortodoxa en que la defendían el autor y sus partidarios.

Hablar de «globalización» no requería participar de ese credo teórico y dejaba más margen para la individualidad y la creatividad. La magia del término radicaba en que no tardó en adquirir resonancia fuera del ámbito científico y popularizarse tanto en la lengua de los medios de comunicación como en la vida cotidiana. La «globalización» fue un regalo para los historiadores mundiales, que anteriormente no solo habían sido exigüamente minoritarios dentro de los estudios históricos, sino que además se los tendía a desacreditar como diletantes empeñados en una extravagante búsqueda de sentidos casi teológicos. El concepto, en efec-

to, les permitió enlazar con un campo de debate novedoso y central de una disciplina tan respetada como eran las Ciencias Sociales. Ofrecía una nueva terminología para un campo acosado siempre por la amenaza de la simplificación descriptiva o la mera crónica de los acontecimientos. Y sentaba las bases para el desarrollo de una variante contemporánea de la muy arrinconada «historia universal» (ámbito que a menudo aún se entendía como «la historia de todos los grandes pueblos y civilizaciones», etc.): la «historia global». Esta historia —este cuento con final feliz— no se corresponde estrictamente con la realidad. De hecho, el entusiasmo de muchos historiadores no tardó en enfriarse. En vez de gozar de la entrega de un instrumental reluciente, se veían librados a las exigencias de una teoría de la globalización cada vez más complicada y escolástica. Con el tiempo acabaron por entender que la historia global no puede limitarse a proyectar directamente sobre el pasado la perspectiva de la globalización. Requiere sus propias bases intelectuales.

UN CONCEPTO PARA HISTORIADORES TOMADO DE LAS CIENCIAS SOCIALES

El concepto de «globalización» —que surgió en la década de 1960, se fue difundiendo en los años ochenta y adquirió una popularidad exponencial en la última década del siglo— se asociaba a la condición presente del mundo y, en la mayoría de los autores que lo empleaban, no incluía ninguna narración histórica con una perspectiva a largo plazo (la *longue durée*, según suelen denominarla los historiadores). Sus adeptos no estaban interesados en conjeturas sobre la evolución social a lo largo de períodos extensos; tampoco ofrecían una interpretación económica del último medio milenio de la historia mundial, a diferencia de lo que había planteado la teoría de los sistemas-mundo, de Immanuel Wallerstein. En los debates teóricos de los primeros años noventa, se hacía hincapié en buscar una definición útil del concepto para aplicarlo a la descripción de un cambio universal que se expresaba en la integración, cada vez más acelerada, de los distintos sistemas económicos nacionales y regionales:* la antigua «economía mundial», con sus diversos cen-

* Nótese que el autor suele usar «regional» en referencia a grandes regiones del mundo como el Oriente Próximo o el Sureste Asiático, antes que a las subdivisiones territoriales de un país dado. (*N. del t.*)

tros, parecía haber dado paso a una «economía global» homogénea. Desde el principio, este diagnóstico estuvo asociado con varias formas de rechazo crítico (que podían obedecer a distintos motivos: desde la «izquierda», por el componente anticapitalista, desde la «derecha», por el nacionalismo), mientras que en el otro extremo del espectro de la opinión diversos autores destacados celebraban con fervor la irrupción de una nueva «era global». ⁶ Fue una primera fase, la de los pioneros del pensamiento sobre la globalización.

Al cabo de pocos años se inició ya una segunda fase en la que las intuiciones teóricas originales fueron sometidas a la prueba empírica. Esta nueva atención a los datos acarrió, inevitablemente, ampliar la perspectiva temporal por medio de series cuya cronología se extendía hacia el pasado. La globalización contemporánea solo podía identificarse como una novedad cuando se la valoraba frente al telón de fondo del mundo según era antes de finales de la década de 1980, el momento en el que empezó también la difusión global de internet. En este contexto, los años setenta merecieron una atención especial como decenio de transición y, para algunos, estadio final de la Modernidad clásica. Al echar la mirada aún más atrás, la globalización aparecía como el resultado de un proceso de transformación que ya se había iniciado durante la primera mitad del siglo xx, si no incluso con el gran auge económico mundial de las dos décadas anteriores a 1914.

En la medida en que la cantidad de publicaciones sobre la globalización creció de forma vertiginosa y que el debate dejó atrás las limitaciones geográficas de las ciencias sociales noratlánticas, surgieron tantas diferencias en el campo de la teoría que apenas cabía reconocer direcciones y modelos simples. Sin embargo, podemos identificar los años inmediatamente posteriores a 2000 como una tercera oleada del pensamiento sobre la globalización. ⁷ A diferencia de la euforia con que antes se había recibido la movilidad sin fronteras y la transformación radical, la bibliografía de esta tercera fase hizo hincapié en la resistencia y la lentitud de las instituciones, los entornos sociales y las tradiciones locales; solo con esto, la observación ya adquirió una dimensión de profundidad temporal. Se atendió más que antes a los factores que frenaban la globalización. Una cuarta oleada adoptó los intereses «constructivistas» de las ciencias sociales y los estudios culturales de la época y dirigió la atención a la comunicación, la percepción, las visiones del mundo, los discursos y la fundamentación normativa de la globalización. De la glo-

balización entendida como un proceso social se pasó a la globalidad como un estado cultural y cognitivo que ciertamente no había surgido de la nada. Como muchas novedades técnicas, internet no solo creó necesidades desconocidas hasta el momento, sino que fue también por sí mismo una respuesta a deseos que existían desde hacía tiempo.

Antes de que se iniciara la crisis financiera global, en septiembre de 2008, ya estallaron —en la quinta fase— nuevos debates en los que se abordaban no solo las consecuencias políticas de la globalización real, sino también la fiabilidad del concepto como instrumento teórico.⁸ Algunos autores expresaron la duda de que la «globalización» fuera verdaderamente capaz de destronar para siempre al concepto sumo de la sociología: la «modernidad». Una sexta fase —en la que nos encontramos ahora, en el momento de escribir estas páginas (verano de 2016)— reacciona a las tendencias de fragmentación y desglobalización, a los retrocesos de la democracia y el refortalecimiento del nacionalismo en muchos países del mundo; el escepticismo contra los efectos de las tecnologías de la información —supuestamente integradoras y promotoras del bienestar y la paz— crece y deja huella asimismo en las publicaciones científicas. Se plantea la pregunta, más que nunca, de si la globalización puede debilitarse, acabar o fracasar. ¿Cabe la posibilidad de que las globalizaciones —al igual que los períodos de prosperidad económica, las innovaciones tecnológicas o las curvas de poder de los imperios y los órdenes mundiales hegemónicos— tengan un carácter cíclico?

En vista de la tremenda diversidad de las propuestas teóricas y la rápida sucesión de las modas intelectuales —pero también en el contexto de problemas reales que están evolucionando con rapidez—, a los historiadores no les resulta fácil encontrar un concepto de globalización con el que puedan trabajar cómodamente.⁹ Hasta el momento nos las tenemos que ver con una palabra clave en la que todo genera controversia, salvo el núcleo semántico de la «conectividad creciente de ámbito global».¹⁰ A este respecto, se tiende a entender la conectividad como una multiplicación cuantitativa y a la vez intensificación cualitativa de las relaciones a larga distancia, sin que se establezca siempre una diferencia clara entre estas dos dimensiones.

En nuestros días es típico que las consideraciones generales sobre la globalización comiencen con un suspiro resignado, como, por ejemplo, el siguiente: «La globalización significa tantas cosas distintas para tantas personas que se diría que apenas vale la pena proponer otra definición

más de este concepto». El mismo autor llega a la conclusión de que entre la gran cantidad de dimensiones de la globalización que se han propuesto, ninguna es teóricamente superior a las demás ni, por lo tanto, puede ser la piedra angular de una definición.¹¹ Cuanto más exactos eran los criterios que se planteaban para hacer realidad el deseo justificado de ir más allá de los simples diagnósticos impresionistas sobre estilos de vida y estados de ánimo globales, más difícil resultaba establecer entre ellos una relación plausible. Cuota de exportación, grado de difusión del acceso a internet, viajes de larga distancia por cada 100 habitantes: ¿podemos reconocer la globalización a partir de aquí?, ¿qué relación se establece entre estos indicadores?¹² Con el tiempo, los autores de los libros de texto y las introducciones también parecen haberse resignado: las definiciones que acompañan siempre la apertura de esta clase de obras no se han vuelto más complejas, sino más simples. No se trata con ello de suavizar determinados conceptos, de forma calculada, para conseguir determinados fines (algo en lo que destacó, por ejemplo, Max Weber, que en general era un maestro de la precisión definitoria). Muchos usuarios del término han acabado capitulando, sencillamente, ante la trivialidad semántica de la globalización. Ello no obstante, sería un error que los historiadores prescindieran por completo del concepto. Basta con que no lo consideren como un elemento obvio del léxico cotidiano y la terminología científica, sino que lo empleen con cautela, a la luz de las polémicas aún abiertas, cuyo desarrollo ha resultado en gran medida caótico.¹³ En este contexto cabe realizar varias observaciones generales:

Uno. Es un hecho apenas sorprendente —casi trivial— que a largo plazo el mundo está «convergiendo» y que la «red de la humanidad» (*human web*) se ha condensado en el transcurso de la historia; tan solo con tomar en cuenta, en retrospectiva, el crecimiento de la población mundial, difícilmente cabía esperar otra cosa.¹⁴ La primera vez que se formuló esta idea, sin embargo, representó un desafío para aquella forma antigua de la historiografía universal que partía de yuxtaponer «civilizaciones» (en alemán, muy a menudo: *Kulturkreise* o «ámbitos culturales») no relacionadas entre sí. En vista de la popularidad continua de un culturalismo romántico, fue un gambito político-ideológico recordar la concepción ilustrada de la unidad del género humano (en la que, sin embargo, debían integrarse dialécticamente las fuerzas contrapuestas de la nueva fragmentación). Al analizar la cuestión con detalle, más allá de tales lugares comunes, se plantea la cuestión de cuáles, entre los nume-

rosos procesos de interacción reforzada entre una población mundial creciente, pueden constatarse mejor. Si la categoría «globalización» se aplica sin matices a todos los tipos de relaciones transfronterizas que salvan «grandes distancias», entonces pierde la precisión necesaria en todo instrumentario analítico. Por otro lado, también le resultará difícil prescindir de la diferencia entre los centros y las periferias, según la ha desarrollado Immanuel Wallerstein en su teoría del sistema-mundo. Las globalizaciones, en el sentido de procesos de expansión con apoyo institucional —durante varios milenios, a este respecto hay que pensar sobre todo en la educación de los ricos—, han partido por lo general de los centros. Se pueden interpretar como ampliaciones de la periferia, asociadas siempre a la demarcación y estabilización temporal de las «fronteras» (los *frontier processes*, que van más allá del concepto de linde geográfica entre naciones).* Varias globalizaciones de esta clase podían aparecer al mismo tiempo. Así, en el siglo XVI, el imperio español y el otomano vivieron una expansión en paralelo, transcultural y de gran amplitud territorial.

Dos. Los historiadores —y también sociólogos como Max Weber— han mirado con cierta desconfianza los megaprocesos que son populares entre todos los teóricos de la evolución. En efecto, los historiadores, incluidos los que practican la historia universal, solo raramente se ocupan de la humanidad en su conjunto. Para ellos es evidente que la globalización, en las distintas dimensiones de la realidad histórica, se expresa de formas siempre diferentes. Las migraciones, la expansión de las relaciones comerciales, las guerras libradas a distancia, la propagación de plantas y animales (y las consecuencias que ello tiene para la vida humana), la difusión de las religiones y otras visiones del mundo, el ascenso de los medios de comunicación globales: estos y muchos otros procesos similares siguen siempre una lógica característica y una trayectoria específica en el tiempo y el espacio. La «globalización» no se puede observar en sí misma, en una forma pura, sino solo como propiedad de procesos de transformación especiales. Siempre se plantea la pregunta: ¿qué se globaliza? Y a menudo, la cuestión complementaria de los participantes: ¿quién globaliza qué? Esta clase de procesos individuales, que se desarrollan en un marco de espacio determinable con relativa precisión, solo se pueden estudiar, en principio y como regla general, de forma aislada.¹⁵

* Para más detalles al respecto véase, del mismo autor, el capítulo 7, «Fronteras», de *La transformación del mundo* (Crítica, Barcelona, 2015). (*N. del t.*)

Las relaciones entre varios procesos de esta índole —por ejemplo, entre las migraciones y la formación de los estados e imperios— tienden a ser variables. Por eso las teorías generales de «la» globalización topan con sus límites allí donde, a cambio de establecer relaciones causales más definidas, simplifican lo que en realidad son interacciones complejas. Por ejemplo, no se puede suponer sistemáticamente que el dinamismo mundial se origina siempre en el incremento de la eficiencia económica o el desarrollo de las tecnologías de la información. El historiador estadounidense Raymond Grew ha dado en el clavo al advertir que el concepto de globalización no se debe utilizar aún como una teoría independiente.¹⁶ La globalización se debería entender más bien como un marco en el que se agrupan modelos de cambio más específicos dirigiendo la atención a sus contextos espaciales más extensos posibles. La perspectiva de la globalización posee, por sí misma, poca capacidad explicativa; el reproche habitual contra la teoría de la globalización —se critica que allana en exceso la contraposición entre causa y efecto— no va muy desencaminado. Sin embargo, esta clase de perspectiva puede ayudarnos a reformular los problemas históricos y hallar mejores estrategias de respuesta, estrategias que, a su vez, deben incluir teorías de mayor precisión, específicas de cada ámbito. Tal pluralidad nos conduce, de nuevo, a la premisa de que existen distintas globalizaciones.

Tres. Uno de los logros más importantes de la numerosa bibliografía de las ciencias sociales sobre la globalización consiste en haber enriquecido el vocabulario del que pueden disponer los historiadores, que se han acostumbrado a manejar un nuevo lenguaje de redes, corrientes, circulaciones, transferencias, movilidades, diásporas, hibridismos y otros muchos fenómenos transnacionales.¹⁷ El hecho de que en los estudios culturales se haya dado un «giro hacia el espacio» (*spatial turn*) ha intensificado la atención que se presta a los territorios, paisajes, lugares, distancias y fronteras.¹⁸ No siempre seguiremos a los teóricos hasta las últimas consecuencias. Por ejemplo, no todo lo que a primera vista parece exhibir un patrón de relaciones regular es de inmediato una «red» en el sentido técnico de la teoría sociológica de las redes. Algunos de estos patrones pueden estar poco cohesionados o tener una distribución espacial insuficiente, de modo que no cabe contarlos como redes en funcionamiento; otros son instituciones tan complejas que los flujos de información y recursos tan solo constituyen uno de sus múltiples aspectos.¹⁹

Cuatro. Entre los autores que estudian la globalización existe el consenso de que los procesos dudosos deben considerarse autorreflexivos. Es decir: hablar sobre la globalización (según empezó a ser habitual en Europa hacia mediados del siglo XVIII)²⁰ ya forma parte de la globalización en sí. Esto puede llevarnos incluso hasta una regla de exclusión: las relaciones que pasaron plenamente desapercibidas a los actores históricos no pueden incluirse sin más en la categoría de la «globalización». Así, sería «objetivo» calificar de global la difusión de los microbios por el planeta, pero los contextos geográfico-epidemiológicos no se reconocieron hasta las grandes epidemias de cólera del siglo XIX, y por lo tanto solo desde entonces deberían designarse como una especie de globalización de primer nivel. Quien no desee ser tan estricto en el uso del término, probablemente, suscribirá el argumento según el cual, con un concepto ambicioso de las globalizaciones, una concentración creciente de las relaciones en ámbitos como la migración, el comercio y la guerra debería acompañarse asimismo de una conciencia global cada vez más fuerte.²¹ Las visiones del mundo y las prácticas de expansión e intercambio forman dos caras de la misma moneda. En consecuencia, los historiadores globales deberían esforzarse por salvar la brecha existente entre la globalización «real» de los economistas y politólogos y la «imaginada» de los estudios culturales.

Cinco. La conexión entre lo global y lo local ha demostrado ser una perspectiva de investigación especialmente fructífera.²² Para los historiadores, que en su mayoría se han formado para el estudio cuidadoso de casos únicos muy bien documentados, resulta casi evidente. Tienen a trabajar desde lo particular hacia lo general, mientras que a los sociólogos, en cambio, conviene recordarles a menudo que no se olviden de los casos concretos. El «glocalismo» (o también: la «glocalización») ha encontrado muchos adeptos entre los historiadores, porque esta palabra inventada parece reunir, sin exceso de formalidad, lo grande y lo pequeño, lo próximo y lo distante. El libro *Vermeer's Hat*, de Timothy Brook (2008), es una propuesta singularmente impresionante entre diversos estudios que aciertan a entretejer artísticamente lo local y lo global; en el caso de Brook, la ciudad de Delft, donde Vermeer vivía, y las fuerzas que la relacionaban con China y otras partes del mundo.²³ Sin embargo, es preciso reflexionar sobre si puede darse por sentada la existencia de un plano específico de lo «global». Según este punto de vista, existe una globalidad previa de la cual los agentes locales «se apropian». Como

alternativa, se ha defendido entender que lo local y lo global son «productos» de la actividad de agentes concretos en su práctica cotidiana, y a partir de aquí preguntarse por la constante modificación de los límites entre lo «interior» y lo «exterior», lo propio y lo ajeno.²⁴ Las fuerzas de lo global, ¿cómo penetran en los «mundos de la vida» locales? ¿Cuándo y por qué los mundos de la vida primarios dejan de ser exclusivamente (o incluso mayoritariamente) locales? ¿En qué circunstancias surgen grupos o colectivos mayores que se definen a partir de identidades supranacionales o globales?²⁵ Esta clase de preguntas son las que dan utilidad, para los historiadores, al concepto abstracto de la «glocalización».

Seis. Pocas variedades de la globalización se desarrollan sin conflicto o incluso sin violencia. Los historiadores contemplan con sumo escepticismo todas las teorías que equiparan la globalización al cambio pacífico.²⁶ En realidad, la idea de la expansión es inseparable de todo concepto de globalización. Esta «expansión» comprende un amplio espectro de intensidad y virulencia: va desde la conquista, la sumisión y la destrucción de formas de vida políticas y sociales hasta la lenta difusión de elementos culturales como la lengua, la religión o el derecho. Todas las clases de expansión afectan los intereses de grupos específicos, alteran equilibrios, crean nuevas asimetrías de poder y exigen una negociación de posiciones. Las globalizaciones crean tensiones e inestabilidad y generan ganadores y perdedores.²⁷

Siete. Llama la atención que las teorías de las ciencias sociales no siempre realizan una diferenciación analítica clara entre la globalización y la modernización. ¿Son idénticos estos dos macroprocesos? ¿Son las globalizaciones casos especiales de modernización? ¿O son una característica particular de la modernización en un período determinado, por ejemplo, en el sentido de que la fase actual de la modernización sería global por esencia? ¿O la globalización va más allá de las formas de modernidad y modernización que están demasiado asociadas con Europa o con un modelo occidental? ¿La «globalización» está más abierta que la «modernización» a los modelos no lineales, discontinuos e inconstantes de transformación social? ¿Permite el concepto comprender mejor la evolución de las periferias y los espacios intermedios, las relaciones de frontera y las disonancias culturales? No son preguntas a las que se pueda dar una respuesta fija. Se plantean una y otra vez en el trabajo concreto con los conceptos que existen, en particular cuando se

intenta seguir desarrollando el lenguaje con el que entendemos, describimos y explicamos el mundo político-social.

GLOBALIZACIÓN E HISTORIA GLOBAL

Muchas obras generales sobre la globalización ofrecen narraciones históricas, a veces solo muy breves, apenas esbozadas y marcadas por la apatía de quien se limita a cumplir con un deber. Estas narraciones se dividen, a grandes rasgos, en dos versiones básicas.²⁸ En la versión «débil», la globalización prolonga procesos anteriores, de largo plazo, y se deriva de ellos por medio de «dependencias del camino» (es decir, la continuación, relativamente ininterrumpida, de tendencias existentes). Según este punto de vista, la «conectividad» creciente entre las personas a través de largas distancias la ha impulsado ante todo la innovación tecnológica y se acompaña de una concentración en áreas individuales de la sociedad. El mundo se ha vuelto más complejo, de forma simultánea, en diversos niveles. El horizonte de las experiencias personales se ha ampliado para muchas personas; las consecuencias de los sucesos y las decisiones locales se pueden sentir a distancias cada vez mayores; la erupción de un volcán en Java perjudicó la agricultura de Wurtemberg, etc.

En la versión «fuerte» se concibe el mundo como un sistema único de interacciones en todas las direcciones, que solo empezó a funcionar de un modo realmente sistémico hacia finales del siglo xx, cuando casi nada podía suceder sin provocar alguna clase de efecto remoto. Según este punto de vista, en esta época se constató una transformación de gran alcance que, por la radicalidad de sus consecuencias, no tuvo ni tiene parangón en la historia. Creó unos contextos temporales y espaciales completamente nuevos; la revolucionaria tecnología de internet acabó con el espacio y el tiempo. Esto también habría dejado sin valor las formas de pensar antiguas, «historicistas», en las que se habían basado los estudios históricos desde sus inicios. Cuando todo es nuevo, el interés por la génesis y los procesos de constitución desaparece.

La versión fuerte convierte la historiografía en prescindible, a lo sumo la reduce al consumo anticuario o culinario de imágenes de épocas pasadas. La investigación histórica tan solo se requiere en cuanto contribuye a la creación de museos serios. Ahora bien, la versión débil ¿basta

como punto de partida para la historia global? Y ¿dónde está la diferencia entre la historia global y la historia de la globalización?

En primer lugar, la historia global es un punto de vista particular sobre el pasado. No necesariamente debe abordar las transformaciones a largo plazo. Al contrario: entre las formas más exitosas de la historia global ha destacado la sección temporal, que dirige la mirada a la simultaneidad, lo cual libera de la exigencia de desarrollar «grandes narraciones».²⁹ Esta atalaya permite visibilizar la gama de diversidad simultánea de las sociedades y culturas en las distintas partes del mundo, sin necesidad de teorías más complejas sobre los factores que sostienen el proceso mundial. Pocas estrategias literarias han tenido tanta utilidad, a la hora de relativizar y dejar atrás el eurocentrismo, como la pregunta: ¿cómo estaban las cosas, al mismo tiempo, en otros lugares? Solo de esta manera, por ejemplo, es posible crear una imagen de la Edad Media que recoja en el mismo marco a los carolingios, la dinastía Tang y el califato de Bagdad.³⁰ El arte interpretativo histórico-global ha alcanzado un punto de culminación allí donde, para la simultaneidad de toda una época, se han puesto de relieve los factores que actúan de fondo, como, por ejemplo, cuando Geoffrey Parker explica la «crisis global» del siglo XVII a partir de la historia del clima.³¹

Una segunda distinción entre la historia global y la historia de la globalización se refiere a la metodología. La idea básica de la globalización como multiplicación y profundización de las relaciones transfronterizas disuelve las unidades del análisis histórico convencional. Quien entiende la historia como un revoltijo de corrientes e interacciones se interesa menos que la tradición historiográfica precedente por unidades limitadas tales como las comunidades locales o los estados nación. Las relaciones entre los nudos de la red cobran más importancia que los nudos mismos. Con ello pierde valor la comparación, que era el método más distinguido y ambicioso tanto de la vieja sociología histórica como de formas anteriores de la historiografía mundial. A diferencia de una historia de la globalización, la historia global no lanza por la borda radicalmente los elementos de comparación.³² En efecto, sigue empleando métodos comparativos propios, a los que separa de la estrecha asociación con la idea de que existen civilizaciones como entes aislados, para vincularlos más bien con el estudio de las relaciones.³³

Una tercera distinción entre la historia global y la historia de la globalización es el trato que dan a la diferencia. Incluso cuando la perspec-

tiva de la globalización no excluye del todo el conflicto y la contradicción, por principio se atiene a la visión de una tendencia general unificadora en la historia (de la Edad Contemporánea); es lo que Sebastian Conrad ha denominado «teleología de la retórica de la globalización».³⁴ Se parte de la premisa de que la convergencia y el incremento de las experiencias comunes son una tendencia general de la transformación del mundo; en cambio, la divergencia y la fragmentación tienden a interpretarse como desviaciones de la trayectoria normal. La historia global prescinde de esta clase de consideraciones previas. Es característico que uno de los debates principales de la historia global sea el de la «Gran Divergencia», esto es, la observación de que la brecha que se ha abierto entre los grados de bienestar de las zonas ricas y pobres (en particular entre Europa y Asia) es relativamente reciente. De cuantos participan en el debate, solo unos pocos han intentado describir la Gran Divergencia con la categoría de la globalización. Una de las problemáticas centrales de la historia global, por lo tanto, se está analizando en su mayor parte independientemente de las teorías e historias de la globalización.³⁵

Una cuarta distinción se percibe con claridad cuando se examinan pretensiones más especiales que suelen asociarse con el concepto de la globalización. Por ejemplo, incluso aquellos que —a diferencia de los representantes optimistas de una interpretación de la era global— no esperan el fin inminente de los estados nacionales, están de acuerdo con la tesis de que la globalización socava las estructuras de estado y conduce hacia una «desterritorialización» de la política.³⁶ Cuando la teoría de la globalización quiere presentar diagnósticos contemporáneos, no puede evitar esta clase de afirmaciones. La historia global, en cambio, no se tiene que comprometer así. Por lo tanto, resulta más «neutral» y ofrece un mayor margen de acción para la interpretación elástica de los casos concretos.

Como resumen general, la historia global es un concepto más amplio y, a menudo, más integrador que la historia de la globalización. No toda historia global lo es al mismo tiempo de la globalización, mientras que, a la inversa, la historia de la globalización siempre forma parte de la global. Así pues, la historia de la globalización se puede reducir a un estudio cuantitativo y bastante formal de la integración de los mercados, pero a cambio paga esta propia limitación y rigor con una comprensión de la historia mucho menos variada que la que puede ofrecernos la historia global.³⁷

EXPANSIÓN Y CONTRACCIÓN COMO ESTRUCTURAS REPETIDAS

El plural «globalizaciones» se puede entender en un doble sentido: por un lado, como la descomposición de un megaproceso superior en múltiples procesos parciales de duración y alcance limitados; por otro lado, como la expansión con la que se abandona una vida local estática, un proceso experimentado de forma repetida a lo largo de la historia de la humanidad. Aquí nos ocuparemos de la segunda posibilidad. A este respecto es tema de valoración personal si las migraciones (masivas), la creación de sistemas de mercado, la conquista de imperios o la emergencia de comunidades religiosas a gran escala y otras formas de universalismo deben catalogarse bajo el lema de la «globalización». Aquí no existen criterios claros sobre qué definición conceptual resulta más o menos útil. Sobre todo los autores que ya habían tendido a aplicar el concepto del «sistema-mundo» a contextos de antaño como el Antiguo Oriente suelen optar por un concepto de globalización asimismo muy amplio.³⁸ No todos los autores se suman a la fascinación por los principios que caracteriza este tipo de bibliografía. No es lo mismo reconocer el carácter complejo y no primitivo de las antiguas civilizaciones, que clasificar esa complejidad en un hilo temporal que, a lo largo de los milenios, comprende sociedades de muy diversa constitución. La pregunta de cuándo «empezó» realmente la globalización puede traducirse en un despilfarro de energías intelectuales e inducir a reificar un problema en el que no se trata tanto de la verdadera existencia de la globalización como de una perspectiva elegida y fundamentada. Barry K. Gills y William Thompson, que ya han mostrado su preferencia por la amplitud de mirada, lo formulan así: «Las perspectivas globales engendran historias globales».³⁹ Y esto para toda época histórica, pues las preguntas, los conceptos y los métodos de la historia global se pueden utilizar para todas las eras. En cambio, no todas las épocas históricas cumplen en la misma medida los criterios que justifican hablar de «globalización».

Antes de que se iniciara el contacto regular entre los continentes de ambos lados del Atlántico y el Pacífico no se puede hablar de una «globalización planetaria». La idea convencional de que no hubo un contexto mundial cerrado hasta las travesías marítimas de los «descubridores» ibéricos, a partir de 1492, más las acciones de colonización que se produjeron justo a continuación, no ha podido quedar destronada por ninguna sutileza. Así, no les estamos haciendo a los mongoles ninguna

injusticia eurocéntrica si designamos su imponente imperio como una estructura de pervivencia relativamente escasa.⁴⁰ Esta clase de conexión, lógicamente, no nació de la noche a la mañana. Necesitaba una logística complicada que se fue creando paso a paso en el transcurso del siglo XVI. Además se han expuesto buenas razones para considerar que las bases de un flujo de mercancías y metales preciosos de ámbito verdaderamente mundial se pusieron exactamente en 1571, cuando los españoles fundaron el puerto de Manila, en las Filipinas. Solo entonces comenzó a existir la posibilidad práctica de un mercado mundial.⁴¹ El comercio transatlántico y el transpacífico se interconectaron por primera vez; desde entonces se tardó todavía unas tres décadas en disponer del sistema integrado de un comercio mundial sin apenas vacíos geográficos.

Antes del siglo XVI, en la historia mundial había numerosos procesos distintos de expansión y contracción. Las fuerzas de la expansión eran la conquista, el comercio y la difusión de las religiones. Entre los resultados se contaban los imperios, las redes comerciales y las vastedades donde predominaba una única religión (en las que, sin embargo, se autorizaba la presencia de otras religiones minoritarias). A menudo, los contemporáneos describieron el destino de estas estructuras según el modelo conceptual cíclico del ascenso, la culminación, la decadencia y el fin. Todas estas estructuras atravesaron metamorfosis incesantes; sus fronteras internas y externas se modificaron sin pausa. Algunas de ellas existieron durante varios siglos, otras desaparecieron a las pocas décadas. Algunas terminaron en un caos, otras derivaron en nuevas configuraciones que fueron igual de estables o duraderas. Así, por citar una posibilidad, los imperios podían dar paso a comunidades federales. La comparación histórica a largo plazo ha servido, por ejemplo, para dar visibilidad a muchas analogías entre imperios, y ha mostrado que tales imperios, pese a la diversidad de sus contextos culturales y ecológicos, se enfrentaban a desafíos similares; pero en cambio no se han podido descubrir regularidades sobre la integración y la fragmentación. Algunos períodos aislados de mayor brevedad, cuando se analizan como una sección de alcance mundial, han demostrado ser especialmente dados a la expansión; en las condiciones anteriores a la Edad Contemporánea, esto quiere decir también: especialmente belicosos. Pero estas expansiones (o globalizaciones parciales) de transcurso relativamente simultáneo deben interpretarse primero a partir de sus causas e impulsos internos.

Quien desee disponer de un concepto general para las formas antiguas de la expansión globalizadora puede ayudarse del término «globalización arcaica», que Anthony Hopkins y Christopher Bayly han incluido en su propuesta (deliberadamente imprecisa) de periodización. Para la época comprendida a grandes rasgos entre 1600 y 1800, Hopkins y Bayly hablan de «protoglobalización». Esta incluye numerosos procesos de expansión y creación de sistemas, que, sin embargo, todavía no obedecen a ninguna «lógica» unitaria o, menos aún, centralizada: el ascenso de las nuevas redes comerciales, asociado a la ampliación del tráfico de esclavos transatlántico; las actividades de las «compañías privilegiadas» europeas (sociedades comerciales monopolizadas por el estado, designadas también con el sintagma inglés *chartered companies*), sobre todo en Asia; la intensificación del comercio árabe y chino en el océano Índico y los mares adyacentes; por último, también la reorganización del poder estatal en Europa, Asia y partes de África.⁴² Durante el período que hoy se suele denominar Edad Moderna (*Frühe Neuzeit*), se incrementó claramente la cantidad de personas que realizaban sus actividades en espacios extensos: comerciantes, soldados, administradores coloniales, descubridores geográficos, misioneros, peregrinos, etc. El grado de conectividad o de densidad de las relaciones mundiales se fue intensificando, impulsado por el desarrollo del capitalismo comercial (según lo ha descrito de forma magistral, sobre todo, Fernand Braudel), por las mejoras en el transporte marítimo y por las visiones cada vez más globales del poder imperial. En esta época, la zona que mostró más dinamismo en la interconexión fue el Atlántico. No hay consenso al respecto de si esta protoglobalización supuso una ruptura radical con el pasado; pero sí muchos indicios de que enlazó con procesos anteriores de expansión y contracción en las distintas regiones del mundo. En la Edad Moderna, los modelos cíclicos de auge y decadencia se han puesto de manifiesto con una claridad poco frecuente en la historia. Imperios de una constitución interna tan distinta como el mongol de la India o el comercial de los portugueses experimentaron, en un período de unos dos siglos, procesos de ascenso y caída que (por ejemplo, en el caso del imperio romano) habían requerido un tiempo mucho más prolongado.

El debate sobre las particularidades de una forma de globalización en la Edad Moderna guarda relación ante todo con dos problemas. En primer lugar, se plantea el tema de las cantidades y proporciones. ¿A partir

de qué límite cabe considerar importante una cantidad? ¿Cuándo adquiere una circulación temporal (digamos, de mano de obra, mercancías o dinero) la solidez y permanencia de un sistema? ¿Cuándo llegan economías separadas a un nivel de intercambio y división del trabajo que justifique calificarlas como «integradas»? La aseveración de que, al menos en el marco atlántico, esto se produjo ya durante la Edad Moderna (la protoglobalización) no genera consenso. El historiador neerlandés Pieter Emmer ha sintetizado una argumentación detallada con la siguiente afirmación: «el tonelaje conjunto de los barcos europeos, hacia 1500, cabría en tan solo dos superpetroleros de nuestros días; y para dar cabida al tonelaje total de 1800 aún nos bastaría con cinco de esos petroleros». ⁴³ Solo en el siglo XIX se multiplicaron, en un período de tiempo corto, el valor y el volumen del comercio mundial; solo entonces los productos de consumo (cereales, algodón, carbón, etc.) adquirieron más importancia que los de lujo en el tráfico internacional de mercancías. ⁴⁴

Para la Edad Moderna, en segundo lugar, se plantea el problema de la integración cultural del mundo y la relación de los distintos universalismos entre sí: la iglesia universal de Roma, las pretensiones de China con respecto al orden mundial, la comunidad de los creyentes musulmanes. ¿Qué debemos entender por «percepción globalizada», que vaya más allá de un puñado de individuos? Las sociedades al completo (o, por lo menos, sus élites políticas e intelectuales) ¿cuándo tomaron noticia de la mutua existencia? ¿Cuántas personas se requieren para que podamos hablar de un grupo socialmente relevante de intelectuales globalizadores?

Durante la Edad Moderna, los europeos emprendieron proyectos sin precedentes de recopilación informativa más allá de las propias fronteras culturales. Algunas épocas anteriores ya habían experimentado la transferencia de religiones y sistemas legales, lenguas y códigos de escritura; pero solo las iniciativas europeas, desde el siglo XVI, abarcaban la totalidad y aspiraban a sistematizar el conocimiento del mundo. Los viajeros y misioneros europeos —con especial dedicación, los jesuitas— reunieron noticias sobre lenguas, religiones, instituciones sociales, usos y costumbres, sistemas políticos y todos los aspectos del mundo natural. Crearon grandes tesoros de objetos y manuscritos. Aquí acabaron también incontables artefactos que procedían de territorios situados fuera de las colonias europeas, aún escasas en aquel momento. Los europeos midieron y cartografiaron la superficie del planeta. Tam-

bién sentaron las bases de los posteriores «estudios orientales» del siglo XIX; en especial la etnografía y la etnología hunden sus raíces en la Edad Moderna.⁴⁵ Ahora bien, ¿conforma todo esto una globalización cultural? ¿Hasta qué punto la cultura europea se exportó y adoptó de hecho fuera de Europa y los asentamientos coloniales de origen europeo, hasta introducirse en la cultura del lugar? Incluso los ambiciosos intentos de los jesuitas de hallar en China nuevos adeptos para la fe cristiana produjeron resultados escasos. A su vez, solo unos pocos miembros de la élite intelectual europea gozaron de la oportunidad de conocer de primera mano civilizaciones no cristianas. Leibniz nunca visitó China, Montesquieu no puso el pie en Persia, Diderot no llegó a las islas de los mares del Sur, aun cuando estos autores dedicaron a esos territorios textos bien informados y de gran influencia. La gran mayoría de la población europea solo tenía una idea muy vaga de los demás continentes, y aun muy centrada en los tópicos más extendidos sobre los otros pueblos. En sentido inverso las iniciativas de intercambio cultural fueron aún menos numerosas. Hacia 1800, los cultos y poderosos de países como China, Japón e incluso el imperio otomano no tenían un conocimiento de «Occidente» superior al que tenían tres o seis siglos atrás.⁴⁶ Durante la Edad Moderna, la cantidad de los contactos culturales se multiplicó sin traducirse en una nueva calidad e intensidad de las relaciones. A este respecto el concepto de «protoglobalización» es acertado.

LA GLOBALIZACIÓN EN LA MODERNIDAD

Los intentos de hallar una periodización única para la rica y diversa heterogeneidad de las globalizaciones están condenados al fracaso.⁴⁷ Según ha destacado Raymond Grew, al que ya hemos citado antes, toda periodización no es más que la consecuencia lógica de «una interpretación singular de la esencia de la globalización» y de entrada, por lo tanto, no se la puede obtener por inducción a partir de las fuentes históricas.⁴⁸ Cuando se constata que los diversos tipos de globalización solo excepcionalmente se desarrollan con una estricta simultaneidad, se concluye que es imposible establecer una sucesión limpia de «estadios». Muchos historiadores y sociólogos interesados por la historia han optado por una propuesta menos esquemática, formada por diversas «oleadas»: períodos cortos de integración mundial dinámica, a los que por lo gene-

ral siguen fases intermedias en las que la integración se frena. Ahora bien, no hay consenso al respecto ni del número de tales oleadas ni de sus respectivas posiciones en una cronología de largo plazo. Como los datos económicos puros no permiten reconocer con claridad tales movimientos de ola (en analogía, por ejemplo, con las fluctuaciones cíclicas de la actividad económica), algunos autores se han decantado por una solución más bien metafórica. De acuerdo con esta, las oleadas deben entenderse como aglomeraciones de experiencias de globalización representativas, que se viven en partes de la Tierra distantes entre sí, sin haber podido llegar siempre a acuerdos al respecto.⁴⁹ Esta formulación quizá resulte atractiva y, desde el punto de vista retórico, convincente, pero aun así: su indefinición impresionista la hace poco útil para el análisis de las ciencias sociales.

Algo importante se transformó durante el siglo XIX, sobre todo durante su segundo cuarto.⁵⁰ Pero ¿qué? Los historiadores económicos, que para este período disponen de datos estadísticos mejores que los referidos al pasado más remoto, destacan dos cambios. En primer lugar, el alcance y el valor del comercio intercontinental llegaron a un nivel que, probablemente, no habían conseguido en ningún punto anterior de la historia. Las mejoras en el tráfico marítimo y el inicio de la era del ferrocarril sentaron las bases logísticas de una expansión que, tras la colonización europea de Australia y Nueva Zelanda, y el desarrollo de nuevos enclaves de exportación en el África occidental y Sudáfrica, apenas dejaron al margen ninguna región del mundo. Esto es, por descontado, una observación empírica muy sencilla. En segundo lugar, se incrementaron las conexiones entre los mercados distantes, ya fueran de mano de obra, mercancías o (algunas décadas más tarde) capital, hasta alcanzar una integración difícilmente reversible. Aquí «integración», de nuevo, es un factor constatable estadísticamente, como la convergencia a largo plazo de los precios en mercados distintos: los precios reaccionan con más rapidez a las modificaciones mutuas y se van igualando cada vez más entre sí.⁵¹ Esto no significa, desde luego, que en el siglo XIX los precios fueran coincidentes en todo el mundo. En consecuencia, se necesita un concepto más complejo de «convergencia», que comprenda más aspectos que el mero movimiento cuantitativo de los precios. Según la interpretación de Steve Dowrick y J. Bradford DeLong, la convergencia es «la asimilación de países situados fuera de la Europa noroccidental a las instituciones, las tecnologías y los niveles de productividad que ri-

gen en el noroeste de Europa y otros países del núcleo industrial». ⁵² Hacia 1900 solo la Europa occidental, Estados Unidos, Canadá, tres países de Latinoamérica, Australia, Nueva Zelanda, Japón y (con limitaciones) Sudáfrica pertenecían al «club de la convergencia». ⁵³ El crecimiento del capitalismo global, constatable en general en el último cuarto del siglo XIX, transformó el estilo de vida de millones de personas del planeta, mientras que un número aún mayor de personas apenas vio afectado su modo de subsistencia agrícola o nómada. ⁵⁴ Incontables campesinos, en la India o las provincias interiores de China, no producían para la exportación, no compraban bienes de consumo extranjeros y apenas tenían noticia de cómo era el mundo, fuera de su propio entorno rural.

Resulta aún más difícil identificar las formas no económicas de la globalización para el «siglo XIX largo», que se extendió hasta 1914 (o incluso 1945). Antes de la primera guerra mundial, se encuentran solo unas pocas huellas de regulaciones transnacionales de la vida social, de planteamientos de supranacionalidad política, aún menos de un gobierno mundial. El concierto de las grandes potencias europeas, después de que acabara la guerra de Crimea, en 1857, había quedado hecho trizas, y la aparición de las primeras organizaciones supraestatales (por ejemplo, el Comité Internacional de la Cruz Roja) no podía ocultar que la soberanía de los estados nación militarizados no estaba limitada por ningún consenso normativo de paz. En su mayoría, los habitantes de Asia y África, en tanto que súbditos coloniales de los europeos o ciudadanos de países semicoloniales con regímenes más o menos autoritarios, carecían de voz e influencia política. A partir de 1919, la Sociedad de las Naciones no representó un fracaso tan total como durante mucho tiempo se ha afirmado, pero tampoco sirvió, desde luego, como garante efectivo de la paz. En los años de entreguerras se produjo una fragmentación de la economía mundial en bloques casi autárquicos; el alcance de esta desglobalización, sin embargo, es hoy objeto de polémicas. Al mismo tiempo, el ultranacionalismo de Japón, Italia y Alemania supuso poner en jaque el carácter pacífico del orden mundial.

La globalización cultural del período comprendido entre la década de 1830 y 1945 no se puede resumir en unas pocas frases. Hacia el tercer cuarto del siglo XIX, la civilización europea llegó a su grado máximo de influencia mundial. Desde entonces, en la era de la agresividad neoimperialista y la forja del dominio colonial, su prestigio menguó

mucho (y más aún durante la guerra mundial). El colonialismo dejó una herencia cultural, sobre todo, en la educación de las élites y el multilingüismo de los estratos culturales poscoloniales. Europeos y norteamericanos conservaron la curiosidad con respecto al resto del mundo, pero desde principios del siglo XIX su percepción fue quedando cada vez más desdibujada por una especie de arrogancia estructural que el teórico literario Edward Said describió, en 1978, bajo la etiqueta de «orientalismo». Los programas universalistas —como el canon de la literatura universal que Johann Wolfgang von Goethe planteó en la década de 1820— no hallaron especial eco, ni en Alemania ni en ningún otro lugar. La «cultura» se centró en la búsqueda de pasados nacionales en los «monumentos» literarios, las fuentes históricas y los vestigios arquitectónicos. Entre un año como 1945 y las décadas posteriores, la diferencia principal fue la ausencia de medios de comunicación verdaderamente globales, accesibles a públicos masivos en todas las partes del mundo. No se debe subestimar la difusión de las películas documentales y artísticas, que se produjo a lo sumo en la década de 1930, así como la recopilación global de novedades por medio de las agencias de noticias (ya desde finales del siglo XIX); pero no alcanzaron, ni de cerca, la posterior capacidad de penetración de la radio, la televisión e internet.

«Globalización moderna» («moderna», en referencia a la Modernidad) es una categoría lo bastante amplia para dar cabida a lo que sucedió en la época de la industrialización, el estado nación y el imperialismo creciente. Además, el gran auge económico de la década anterior a 1914 puso algunas de las bases necesarias para diversas formas de integración económica global a las que se vinculó tras la segunda guerra mundial. Por otro lado, cabe dudar de que las diversas clases de globalización fueran de hecho la característica general y más destacada de la evolución del mundo en el, pongamos, siglo y medio que se inició hacia 1800. Antes de mediados del siglo XX, la Modernidad todavía no fue, antes que nada, de carácter «global». Por su parte, los entrelazamientos culturales tampoco se incrementaron linealmente en todos los ámbitos. Así, por ejemplo, hacia 1900, la música clásica de Europa se mostraba más abierta a la influencia no europea («exotismo») que la de hacia 1930.⁵⁵

LA GLOBALIZACIÓN EN LA ACTUALIDAD

Con el concepto de «globalización contemporánea» (o «poscolonial», o «posterior a la guerra fría», entre otras posibilidades) entramos en un campo cuyo estudio los científicos sociales consideran más propio que los historiadores. Durante casi tres décadas, la globalización se ha convertido en un tema central, quizá incluso el tema central. El historiador, en esta compañía, se siente como un observador de segunda: observa al observador del acontecer que se desarrolla ante nuestros ojos y reconoce en ello algo de lo que ya se ha dicho en el pasado sobre procesos comparables. ¿A qué resultados conduce la perspectiva temporal más prolongada de la contemplación histórica? Depende de decisiones precientíficas en cuya significación ha hecho hincapié con claridad, por ejemplo, Max Weber (con el nombre de «referencia a valores»). Cuando se observan las globalizaciones actuales puede surgir un efecto de *déjà vu*: se apunta a la red de telégrafos como precedente de internet, se sitúan crisis anteriores de la economía mundial como paralelos de la actual. Pero también puede suceder al contrario: que la novedad revolucionaria de los cambios más recientes llame la atención de los historiadores dedicados a la comparación diacrónica aún más poderosamente que de los sociólogos atados a la actualidad. El tema es colosal y, para ir cerrándolo, le dedicaré tan solo unos comentarios:

No todas las transformaciones que el mundo ha vivido durante las últimas dos o tres décadas pueden atribuirse a la globalización. Por ejemplo, no está claro hasta qué punto las fuerzas de la globalización contribuyeron al hundimiento de la Unión Soviética y sus estados satélites. La evolución de la economía mundial y la infiltración del Occidente libre y capitalista a través de los medios de comunicación no fueron las únicas causas (ni, probablemente, las más importantes) de que el comunismo organizado desapareciera de Europa. La lógica militar de la guerra fría nuclear, el movimiento pro derechos civiles en muchos países del bloque del Este, los problemas con las nacionalidades en el seno de la Unión Soviética y errores fatales de la dirección soviética en materia de política exterior (como la invasión de Afganistán) fueron factores que es necesario incorporar a toda explicación del final de la bipolaridad de la política mundial, pero que no cabe atribuir directamente a la globalización.⁵⁶ Incluso si uno considera que, en el último cuarto del siglo xx, el mundo ha entrado en una «era de la globaliza-

ción», esta no se puede convertir en la clave universal del análisis de la actualidad.

La influencia de los procesos de globalización es más clara en otros campos que en el de la política internacional:⁵⁷ (1) el reforzamiento de tendencias anteriores (iniciadas hacia 1900, con la aparición de las corporaciones multinacionales) hacia un capitalismo global desterritorializado, en particular en el ámbito de los medios y la comunicación;⁵⁸ (2) la creación de un mercado de capital global y unitario, que actúa con un ritmo de transacciones extraordinariamente elevado; (3) la innovación técnica en las tecnologías de la información y comunicación, y su rápida difusión hasta los hogares privados y con el teléfono móvil + miniordeñador; (4) el acceso (inédito en la historia) a transportes baratos de larga distancia para los integrantes de los grupos sociales con ingresos medios o bajos, en las zonas «desarrolladas» del mundo, así como (consecuencia directa de lo anterior) el crecimiento continuado de la movilidad propulsada por energía fósil, incluido el coche, procedente de una época anterior; (5) la convergencia (entre países e incluso continentes) de los modelos y las preferencias de consumo, ya sea con la «McDonaldización» popular o la estandarización de los productos de prestigio a través de la mercadotecnia; (6) la importancia, netamente superior, del conocimiento como factor de producción, y también como recurso —cuya distribución global, dicho sea de paso, es extremadamente desigual— que permite a sociedades enteras posicionarse internacionalmente como «sociedades del conocimiento»; (7) la formación y consolidación de un repertorio básico de normas aceptadas internacionalmente que deslegitiman las violaciones de los derechos humanos y múltiples formas de violencia y discriminación.

A los historiadores, más allá de esta clase de listas, les interesan los factores de fondo. Una memoria histórica a más largo plazo descubre semejanzas (que no paralelos exactos). Así, por ejemplo, entre la década de 1870 y el inicio de la primera guerra mundial ya se produjo una globalización masiva del comercio y la inversión de capitales. Algunos análisis de los economistas de esa época podrían leerse hoy como referencias a la globalización actual, tan solo con cambiar el viejo sintagma de la «economía mundial» por el del «capitalismo global».⁵⁹ En el campo de las tecnologías de la información, la interconexión y difusión de internet parece, a primera vista, estar repitiendo el proceso de instalación de la red de cable mundial que se vivió de 1860, aproximadamente,

a 1902.⁶⁰ No obstante, las dos tecnologías se diferencian por la distinta capacidad de transmitir noticias, los contextos económicos, la intensidad del control político y las formas de uso que se desarrollaron en las diversas sociedades. Sí es comparable la sensación de que una nueva tecnología suponía una condensación «revolucionaria» del tiempo y el espacio. Así ocurrió tanto en la década de 1880 como en la de 1990. La impresión de que la vida se está acelerando sin tregua suele considerarse como una novedad única de esta era nuestra, en la que la comunicación en tiempo real parece lo más normal del mundo. Sin embargo, al menos en Europa, generaciones anteriores ya vivieron experiencias similares. Fueron características de la era de las revoluciones, a partir de la década de 1780; de los años de la poderosa irrupción del ferrocarril; y también del *Fin de Siècle*, entre hacia 1890 y 1914.⁶¹ En todos estos casos, y hasta la actualidad, es difícil hallar pruebas consistentes de la supuesta aceleración de la vida. En las fuentes, por lo general, tan solo se descubren impresiones vagas de estar viviendo tiempos muy emocionantes.

Otra clase de continuidad se encuentra allí donde se constata que los supuestos avances y rupturas eran meramente superficiales. Así, durante mucho tiempo, la teoría de la globalización ha partido de que la actual globalización sabe crearse sus propias bases institucionales; la mayoría de las veces, redes transnacionales y estructuras de gobierno y administración efectivas en la línea de la «gobernanza global». Entre tanto, la crisis financiera iniciada en septiembre de 2008 ha puesto de relieve la precariedad de los fundamentos institucionales de la vida económica global. Los estados nación y los gobiernos nacionales, pese a que su muerte se ha profetizado en múltiples ocasiones, han demostrado ser agentes imprescindibles en la gestión de la crisis, capaces de garantizar la supervivencia del capitalismo transnacional. La realidad, por lo tanto, ha contradicho en poco tiempo un axioma típico de la doctrina de la globalización.

La extraordinaria popularidad del concepto de la «globalización» no garantiza que las ciencias sociales serán capaces de desarrollar teorías al respecto que satisfagan los requisitos de la teorización más rigurosa. Los historiadores, que carecen de la formación precisa para formular por sí mismos esta clase de teorías, se sienten un poco abandonados, hasta hoy, en el tema de la globalización. Esto los obliga a improvisar. Los que hablan de la globalización de forma acrítica, como si fuera un objeto evidente —según hacen, en su mayoría, los expertos en ciencias

sociales— no han logrado dar una respuesta clara, pese a la enorme abundancia de datos, a preguntas simples como: ¿la sociedad evoluciona hacia una mayor igualdad o hacia más desigualdad? ¿La cultura mundial se homogeneiza o se están reforzando tanto las diferencias culturales como la percepción que de ellas se tiene desde dentro y desde fuera? El hecho de que no haya surgido un consenso ni siquiera para este tipo de preguntas empíricas pone de manifiesto que la dificultad será aún mucho mayor cuando un concepto de teoría vacilante se proyecte sobre los datos inseguros del pasado. Los historiadores mundiales y globales deben seguir con suma atención el futuro desarrollo de los estudios de la globalización, que, en un caso ideal, representarían un análisis de fondo de nuestro tiempo. Sin embargo, deben tener la cautela de no quedar en situación de dependencia con respecto a esa investigación.

SIETE TESIS COMO CONCLUSIÓN

Nos hemos acostumbrado a invocar «la globalización» como la instancia última, y más poderosa, del destino. Los medios de comunicación lo hacen a diario. Los políticos apenas saben sustraerse a la tentación de esta palabra cuando quieren hacer más panorámica la mirada y reforzar la seriedad y gravedad de sus llamamientos. La canciller federal Angela Merkel, por ejemplo, reacciona de forma característica ante una crisis cuando ve en ella «la otra cara de los efectos positivos de la globalización» y llama a afrontar con éxito un «desafío histórico en la era de la globalización».⁶² Como ciudadanos, como científicos, nada nos obliga a atenernos a estas convenciones retóricas. Tenemos la libertad de ser críticos y distanciarnos de las grandes mistificaciones que, según se nos cuenta, dirigen los acontecimientos. «La Globalización» figura entre estas fuerzas motrices de fondo junto con la Historia, la Evolución, Dios, la Modernización, el Progreso tecnológico o la Lucha de clases.

Mis conclusiones, desde el punto de vista de un historiador pragmático que no se centra en la teoría como fin en sí mismo, pueden resumirse en las siete tesis siguientes:

1. La «globalización», en singular, no pasará de ser un tópico y una fórmula retórica vacía mientras el término se limite a sugerir que cuanto existe en el mundo está interconectado con una densidad

siempre creciente y experimenta interacciones mutuas cada vez más intensas. Solo revisten interés los descubrimientos sobre cómo funcionan tales conexiones e interacciones y en qué condiciones surgen o dejan de surgir.⁶³

2. Estos conocimientos solo se pueden adquirir con relación a procesos de globalización específicos, que ocurren en ámbitos de existencia de lo más diversos. Esta clase de «globalizaciones de campo» (en plural) se dan en un número elevado, pero no ilimitado. Por ejemplo, en la actualidad casi todos los mercados se podrían globalizar, pero no todos se globalizan de hecho. Lo mismo cabe afirmar para las religiones, las lenguas y los distintos deportes y artefactos culturales (música pop, cine, etc.).
3. Las globalizaciones de campo no se desarrollan en paralelo y en sincronía; cada una sigue, en parte, su propia «lógica». En principio, debemos partir de la idea de que están desconectadas y solo en un segundo paso preguntarnos por las conexiones mutuas. Por mencionar tan solo el que tal vez sea el ejemplo más conocido: frente a lo que con terquedad sostienen algunos liberales, el capitalismo competitivo se está globalizando, en el campo económico, con mucho más éxito que el modelo de la competencia política, es decir, la democracia parlamentaria, que se suponía que aquel arrastraría tras de sí.
4. La feroz polémica escolástica sobre cuándo empezó «la globalización» resulta tan ingenua como cansina.⁶⁴ Cuanto más general y menos exigente sea la definición del concepto de globalización, su campo de referencia lógica será más extenso y, por lo tanto, también será más amplio el espectro de fenómenos históricos que encajarán con la definición. En épocas anteriores cabía aplicar este concepto antes que nada a procesos de una expansión relativamente estable; de forma destacada, la formación de espacios de comercio remoto (por ejemplo, del tipo «Ruta de la Seda») e imperios dominados militarmente. Resulta adecuado calificarlos de «arcaicos», sin que esto presuponga un juicio de valor.⁶⁵
5. En el transcurso de los siglos, o incluso milenios, no ha estado desarrollándose un único proceso conjunto y superior de integración continua en el plano mundial (según el modelo de la «red humana»). Lo que se transformó, antes bien, fueron las condiciones de posibilidad de las globalizaciones de campo. La cifra de

candidatos a la globalización ascendió. En este punto sistemático, el factor del desarrollo técnico, en particular de las tecnologías de la comunicación y del transporte, adquiere una importancia especial. Ello no quiere decir que este factor hubiera sido o sea hoy, monocausalmente, la fuente más profunda de las globalizaciones; pero el saber tecnológico y su aplicación sí han sido el determinante principal de potencialidades que luego se utilizaron (o no).

6. Las periodizaciones demasiado precisas de la globalización darán poco fruto; en cambio, una diferenciación aproximada de las épocas puede resultar útil. Debe entenderse como una yuxtaposición diacrónica de globalizaciones de distinto tipo; como un plural en el eje temporal, por lo tanto. Hacia 1500 d. C. —en realidad, durante todo el siglo xvi— se produjo un hito decisivo. Solo cuando la técnica de los transportes enlazó todas las partes del mundo relativamente habitadas, se crearon las condiciones de posibilidad de los sistemas de funcionamiento planetario que, en principio, exhiben la característica de circulación que complementó y con ello superó la expansión dominante hasta la fecha. Estos primeros sistemas fueron los de circulación de mercancías y metales preciosos, según existieron desde finales del siglo xvi, o también el sistema de información casi mundial de la orden jesuita, surgido hacia la misma época. Una segunda oleada de globalización se superó a más tardar hacia mediados del siglo xix, y una tercera, en las décadas de 1980 y 1990. No es posible establecer fechas más precisas. Incluso cuando se puede determinar el origen exacto de una innovación tecnológica, lo que interesa no es la fecha de invención, sino otra que nunca deja de ser imprecisa: la de su difusión y triunfo social. El criterio principal es cuándo las posibilidades de realización reciben un impulso poderoso.
7. En general, y por encima tanto de los campos como de las épocas, podríamos defender tres hipótesis conductoras: (a) las globalizaciones ocurren en parte sin intención, y en parte de forma activa y deliberada. Siempre hay —a lo largo de todo un espectro— activos y pasivos, globalizadores y globalizados. La globalización económica no brota únicamente del funcionamiento automático de las fuerzas del mercado; hasta nuestros días recibe el impulso activo de gobiernos, bancos centrales y cuarteles corporativos. Ni

siquiera la globalización de la ciencia es ajena a la política.⁶⁶ No en todos los casos se aplican estrategias de globalización (hay que contar siempre con casualidades y consecuencias inesperadas), pero como mínimo debemos preguntarnos al respecto. (b) Las estructuras espacio-horizontales que surgen por modos como la expansión, la circulación y la integración nunca son planas, sino que están asociadas a jerarquías; las globalizaciones son tridimensionales y asimétricas. (c) Junto a las globalizaciones exitosas siempre hay casos de globalización fracasada, desglobalización y pérdida progresiva o repentina de la globalidad.⁶⁷